Alvarez Quintero

"Zaragatas"

Z A R A G A T A S

SAINETE EN DOS CUADROS

Estrenado en el Teatro de Lara el 31 de diciembre de 1903.

A LOS ARTISTAS DEL TEATRO DE LARA,
quienes con el talento y la gracia en ellos proverbiales, han enaltecido una vez más el buen nombre de aquel teatro y han contribuído brillantemente al feliz exito de este sainete.

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA TRAPITOS........	CLOTILDE DOMUS.
SEÑÁ CASILDA......	BALBINA VALVERDE.
SARA LA ANDALUZA.	MATILDE RODRÍGUEZ.
JEROMA.............	LEOCADIA ALBA.
CONSUELO...........	MATILDE RODRÍGUEZ MENÉNDEZ.
ESTRELLA...........	LUISA BELTRÁN.
CHINITA.............	CONCHITA RUIZ.
MELÉNDEZ..........	JOSÉ RUBIO.
CONTRERAS.........	JOSÉ SANTIAGO.
SEÑOR LIBORIO.....	RICARDO SIMÓ-RASO.
EL JUEZ.............	JOSÉ CALLE.
PIZARRO, guardia.....	PEDRO SEPÚLVEDA.
IBÁÑEZ, ídem........	JOAQUÍN PACHECO.
EPIFANIO............	PEDRO ZORRILLA.
EL MORENO.........	JOSÉ SANTIAGO.
UN ALGUACIL.......	FRANCISCO BARRAYCOA.
AFRODISIO..........	JOSÉ CALVO.
EL FISCAL...........	LUIS CANTALAPIEDRA.
EL SECRETARIO.....	HUMBERTO MANI.
ACUÑA, guardia......	JOSÉ SEGURA.
GASCÓN, ídem.......	ANICETO ALEMÁN.
UN ESCRIBIENTE....	MANUEL GALLAR.

Vecinos, curiosos y chiquillos.

ZARAGATAS

CUADRO PRIMERO

Calle en un barrio viejo de Madrid. Es de noche y en el mes de junio. Un farol encendido hacia la derecha del actor.

Ibáñez y Pizarro, vestidos con traje de rayadillo, aparecen a la izquierda del actor, de pie, tambaleándose de sueño. Ibáñez es sordo cuando sopla viento del sur; Pizarro es muy bruto, sople el viento que sople. Tiene un bigote descomunal.

Al levantarse el telón óyense voces de altercado hacia la izquierda, en donde se supone que hay una taberna poco pacífica.

PIZARRO. *Gritándole a Ibáñez, después de dos miradas de disgusto hacia la taberna.* ¿Oyes, tú?... Me paece a mí que... ¿Qué te paece a ti de la tabernita?... ¿A que tenemos zaragata esta noche?... ¿No te enteras?

IBÁÑEZ. ¿Eh?

PIZARRO. *Gritándole al oído.* ¿No oyes, en la taberna?... ¡Estás como un cacharro!

IBÁÑEZ. En cuanto sopla el sur... ¡Miá que es fenómeno!

Callan y casi duermen. Por un milagro de equilibrio se tienen de pie.

Chinita pregona dentro primero, y luego sale por la izquierda, con una mano de ejemplares del «Heraldo».

CHINITA. *¡Heraldoooo!... ¡Heraldoooo! Gritándole a Ibáñez en el mismo oído.* ¡Heraldoooo!

Pizarro, contrariado, se estremece. Ibáñez, como si no fuera con él. Chinita da media vuelta y canturreando coplas populares se pone a doblar las hojas en el suelo, a la luz del farol. Es un golfillo desarrapado.

PIZARRO. Verás tú éste... *Se despereza con toda libertad, lo mismo que si no estuviera en la calle.* Paece que acabo de dormir la siesta... *Al compañero, a gritos, como de costumbre.* ¡Tú! ¡Voy a ver si me da la Remedios un vaso de agua! ¿Vienes?

IBÁÑEZ. ¿Eh?

PIZARRO. *Expresándole por señas que va a beber.* ¡Que voy a...!

IBÁÑEZ. Ya estoy, hombre, ya estoy...

PIZARRO. *Yendose por la derecha, despacio.* ¡Esta noche no oye tres en un burro!

Chinita, apenas se ve solo con Ibáñez, y ya con los periódicos bajo el brazo, se acerca a él y le da un cigarrillo, que el guardia acepta.

CHINITA. ¿Quié usté que fumemos?

IBÁÑEZ. *Sin enterarse, pero cogiendo el cigarri-*

llo. ¿No será de puntas?... *Chinita niega con la mano.* Entonces, gracias.

CHINITA. *En su voz natural, y acompañando sus palabras de la acción de beber.* ¿A qué ha ido ese ladrón? ¿A tomar una copa de gorra?

IBÁÑEZ. *Con aplomo.* Sí.

CHINITA. *Haciendo ademán de encenderse una cerilla en el muslo.* ¿Tié usté vergüenza?

IBÁÑEZ. *Palpándose.* No; no me queda ninguna.

CHINITA. En eso estaba yo. *Saca una caja de fósforos y encienden ambos los pitillos.*

IBÁÑEZ. Gracias, Chinita. ¿Éste es de a real? *Chinita asiente con la cabeza.* ¿Dónde has escarbao? *Chinita silba.*

CHINITA. *Haciendo que saca el reloj.* Oye, ¿cuántas veces te la ha dao tu señora?

Sale por la derecha Pizarro y se detiene oyendo a Chinita, que está de espaldas.

IBÁÑEZ. ¿Qué?

CHINITA. *Repitiendo la acción.* ¿Que cuántas veces te la ha pegao tu mujer?

IBÁÑEZ. *Viendo la hora en su reloj y contestándole tranquilamente.* Nueve y media.

CHINITA. ¿Nueve y media, eh? *Riendose.* ¡Rediez! ¿En qué consistirá la media?

PIZARRO. *Pegándole un puntapie.* ¡En esto, granuja!

CHINITA. ¡Ay!

PIZARRO. Te voy a escarmentar, Chinita... Me

estás buscando y vas a encontrarme. *Al compañero, chillándole mucho.* ¿Tú sabes lo que te ha preguntao?

IBÁÑEZ. Sí, hombre, sí; y le he dicho que nueve y media.

PIZARRO. *Reflexivo.* La verdaz es que si no fuera por el traje que llevo... debía de reírme. *Empujando al otro hacia la izquierda.* ¡Echa pa alante, hombre, echa pa alante!

CHINITA. *Pregonando a la derecha, hacia dentro.* ¡*Heraldooo!*

PIZARRO. *A Chinita.* ¡Y tú ándate con ojo; miá que el día menos pensao te decapito! *Se va detrás de Ibáñez a darle una vuelta a la manzana.*

CHINITA. ¡Jesús, qué miedo! ¿Sabe usté que voy a soñar esta noche con la Campana e Huesca?

Óyese a la Trapitos hablar dentro, hacia la derecha.

TRAPITOS. ¡Vamos, hombre! ¿Quié usté tocarse las orejas? ¡A ver si lo señalo!

CHINITA. ¿Es la Trapitos?

Sale, como Chinita, con unos cuantos periódicos bajo el brazo. Es una golfilla pinturerita y cuidadosa, en lo que cabe, dada su miseria natural.

TRAPITOS. Hola, tú.

CHINITA. ¿Qué es eso, chica?

Trapitos. Que va una a tener que salir a la calle como las joyerías: con enrejao en el escaparate.

Chinita. ¿Te ha tocao alguno?

Trapitos. Melecio, el del quiosco, que tié unas manos que paecen palomas mensajeras... Ya, ya saben dónde van.

Chinita. ¡A ése le masco yo la nuez! como dicen los chulos.

Trapitos. ¡Menos!

Chinita. *En ademán de ir a mascársela.* ¿Menos?

Trapitos. Quieto aquí; no te tires, que pués caer de boca y lastimarte.

Chinita. ¿Vienes contenta?

Trapitos. ¡Tú verás! ¡Llevo un día con más suerte que la lista grande!

Chinita. ¿Has vendío muchas hojas?

Trapitos. Eso no; toavía no me he estrenao.

Chinita. Pos júntate conmigo, chica.

Se sientan en el suelo, despreciando completamente la venta de periódicos.

Trapitos. ¿Ves tú? Si tiés que convencerte: el papel no da pa comer. Pon que cuando hay crimen vendas cuarenta hojas. ¿Y qué? Una miseria. Se te ocurre una noche tomar una zarza, y no la pués tomar.

CHINITA. Yo, como to lo que gano me lo gasto en ropa...

TRAPITOS. ¡Adiós, figurín! ¡Y se te ven las carnes debajo'el pantalón!

CHINITA. ¡Chica, tú no sabes; si esto es la mar de inglés!

TRAPITOS. Pos no me caso contigo mientras no tengas ropa blanca.

CHINITA. Sigues inorando, Trapitos; la que se esige es ropa negra. Y hoy, ¿no me trais tabaco?

TRAPITOS. Creía que no ibas a acordarte.

CHINITA. No, ¡pa qué! A cualquier hora hago yo la digestión sin un puro.

TRAPITOS. Pos, señor, que te veo en *La Peña.*

CHINITA. Bueno, ¿qué me trais?

TRAPITOS. Entérate bien. *Mostrándole un cigarro puro de ínfima clase, de esos que parece que tienen viruelas.* Miá qué majo. Te fumas na más que hasta aquí; hasta este lunar rubio. Y lo otro pa tu padre; que luego dice que no nos acordamos de él.

CHINITA. ¡Vamos, calla! ¿De manera que con las anginias que padece mi padre le voy yo a dar pa que se empeore? Tú me has tomao por otro, chica.

TRAPITOS. Pero ¡qué golfo te ha hecho Dios! ¿Vas a fumarlo ahora?

CHINITA. ¡Preguntas unas cosas, Trapitos!... Fumármelo ahora es como tirarlo a la calle. Me

lo guardo pa la primera probalidá de digestión.

TRAPITOS. ¿Y tú, no me trais na?

CHINITA. ¿Yo? Lo de toas las noches. Tómalo. *En ademán de darle un beso.*

TRAPITOS. *Rechazándolo y poniéndose luego en pie.* ¡Vamos, quita! Tiés que hacer méritos primero. Pa mí que ayunas hoy.

CHINITA. *Levantándose también.* ¡Rediez! ¡qué orgullo!

TRAPITOS. Como que voy pa arriba. Y si tú no te aplicas, te dejo.

CHINITA. ¡Dejaban!

TRAPITOS. Verás qué día de suerte, Chinita: que con tanto hablar no te lo he contao. *Enseñándole dos pesetas.* Mira: pa que te embobes.

CHINITA. Eso ¿qué es?

TRAPITOS. Propinas de la lotería. Y en una media llevo un duro.

CHINITA. ¡A verlo!

TRAPITOS. ¡Como no compres rayos X!...

CHINITA. ¿Quién te lo ha dao?

TRAPITOS. Un señorito que va al Retiro toas las tardes, montao a caballo, con botines y un diente de oro, y que está prendao de una señora pintá de rubio que yo sé que es casá.

CHINITA. Bueno, ¿y qué?

TRAPITOS. Pos que yo me planto a la entrá de los coches pa *filar* el de ella; y llega después el señorito y le hago señas de to lo que hay. ¿Tú estás? Que la señora va sola en su coche: me

pongo en jarras; que la señora va con el marido: me cruzo e brazos.

Chinita. ¡Andá! Y ¿qué ha pasao esta tarde?

Trapitos. Ahí tiés: lo inesperao: que ni iba sola ni con el marido, sino con otro caballero nuevo pa mí.

Chinita. Y tú ¿qué hiciste al verlo?

Trapitos. Al verlo, na; pero al llegar el otro... ¡pos me puse las manos en la cabeza! Y miá si lo cogió, que sin concencia de lo que hacía, me tiró un duro, y escapó a correr a galope pa la Castellana; de una forma, chico, que empezó a relinchar el caballo del Espartero. No te digo más.

Chinita. Es mucho Madriz éste. Aquí hay líos hasta en los solares. ¡Y qué me alegro de que me lo hayas contao!

Trapitos. ¿Por qué? ¿Pa que te convide?

Chinita. ¡Ele!

Trapitos. ¿Te agradan los pasteles de crema?

Chinita. De casa e Llardy, sí.

Trapitos. Pos anda, ven pa acá, que ahí más abajo los remedan. *Lo coge del brazo.*

Chinita. ¡Cuidao si eres amable! Tenemos que casarnos pronto, tú: yo así no vivo mucho tiempo.

Trapitos. Y tú ¿con qué cuentas pa la casa?

Chinita. Contigo; y ya tengo lo principal.

Trapitos. Si digo pa ponerla.

Chinita. Pa ponerla la pones tú, que de lo demás yo me encargo.

TRAPITOS. Pero ¡qué chulo eres y qué sinvergüenza! Ni sé cómo te quiero, Chinita.

CHINITA. ¿No, verdá?... ¡Pos por eso mismo!

TRAPITOS. No te arrimes así, que van a cogernos los guardias...

Se van por la derecha, muy juntitos y amartelados.

Meléndez, que viene en dirección contraria, se cruza con ellos y se indigna. El tal Meléndez es un cacharrero que tiene la desgracia inmensa de ser tuerto y cojo, a pesar de lo cual todo lo ve y no se está quieto un momento.

MELÉNDEZ. ¡Estas ecenas!... ¡estas ecenas no se ven en ningún país europizao!... *Corriendo hacia la izquierda, poseído de extraño vértigo.* ¡Guardias! ¡Guardias! *Volviendo la cara hacia la derecha.* ¡Digo! ¿Le paece a usté qué beso se han dao los niños? ¡Guardias!

Salen Pizarro e Ibáñez por la izquierda.

PIZARRO. ¿Qué ocurre?

MELÉNDEZ. ¿Quié usté decirme si está aquello ni medio bien? ¡Eso no pasa en ningún país europizao!

PIZARRO. ¡Mecachis en los golfos! *Al compañero, siempre en voz muy alta.* ¿Tú no ves?

MELÉNDEZ. ¡Un escándalo! Que los irracionales no respeten la vía pública, porque no razoci-

nian, anda con Dios; pero que dos personas se besen... y en un Madriz... ¡Vamos, hombre; si le digo a usté que España empieza en los Pirineos!

PIZARRO. *Gritándole por equivocación a Melendez.* ¡Tié usté razón!

MELÉNDEZ. Y a mí ¿por qué me grita ustez?

PIZARRO. La costumbre de hablar con el compañero, que es un poco tardo. Usté desimule. Y ya se me ha acabao el aguante con esa pareja... y esta noche las pagan juntas.

MELÉNDEZ. *Animado por la sed de justicia.* ¡Sí, hombre, sí! ¡A la Delega, primero, y después al Juzgao, por atos inmorales en la vía pública!

PIZARRO. *Volviendo a gritarle.* ¡Pero que ni más ni menos! *A Ibáñez.* ¡Anda, tú; anda!

IBÁÑEZ. *Yendose por la derecha tras Pizarro.* No nos dejan ni reposar una cerveza tranquilos.

MELÉNDEZ. ¡No faltaba más, hombre! ¡Paece que estamos en Costatinopla! *Se va gozoso y satisfecho en pos de los guardias.*

Llegan por la derecha Señá Casilda y Consuelo, de mantón. Son dos hermanas de diferente edad y presencia. Señá Casilda es fea de nacimiento.

CONSUELO. Aquélla, aquélla es la taberna.

SEÑÁ CASILDA. ¡Qué ajeno estará él de que le voy a aguar el vino esta noche! ¿Te parece que entremos o que los esperemos en la esquina?

Consuelo. ¡Entra ya y arráncale el moño a esa tía lagarta!

Señá Casilda. ¿El moño na más? ¡El moño es poco! ¿No ves tú que es postizo? Pero de vacío no me vengo: descuida. ¡Lo que es de mí no se burla ninguna fea!

Consuelo. ¡También los hombres! ¿Por dónde le habrá entrao a Epifanio?

Señá Casilda. Calla, mujer; a ése sí que no lo perdono. Pero lo dejo pa en llegando a casa. ¡El tío pendón!... ¿Qué más quiere de mí, que me estoy mirando en sus ojos a toas horas y adivinándole los caprichos como en la luna e miel? ¿Qué más quiere, si to se me figura poco pa dárselo; si no tiene un antojo que no logre? Que cuchillos pa el pantalón de pana: cuchillos pa el pantalón de pana; que jamón rancio pa el puchero: jamón pa el puchero; que reló de arena pa los huevos pasaos por agua: reló de arena. Y así en to, y así desde que nos casemos... pa que luego me dé este pago.

Consuelo. ¿Vas a llorar ahora?

Señá Casilda. No pueo remediarlo: se me va el pensamiento a las cosas dulces del matrimonio... y el alma se me anega, hermana.

Consuelo. Eres tonta, mujer. Casá podía estar yo y encontrar a mi marido con otra; que lo menos que hacía era arrancarle la piel y ponerla a los pies de mi cama con dos perritos en las puntas.

SEÑÁ CASILDA. Mira, me has dao una idea.

CONSUELO. ¡Pues anda ya pa dentro!

SEÑÁ CASILDA. Ven tú conmigo pa los quites.

CONSUELO. ¡Y poquito que me gusta a mí tomar la justicia por mi mano!

SEÑÁ CASILDA. ¡Va a ver esa tía perra quién es señá Casilda la *Magnolia!*

Se marchan por la izquierda.

Vuelve por la derecha Melendez, recreándose en su obra.

MELÉNDEZ. Servidos van... Lo menos que les salen son unos días de arresto y el pago del juicio. ¡Sí, hombre, sí! A ver si aprenden, que están naciendo todavía. Hay que europizarse.

Se encamina hacia la izquierda y se detiene a hablar con Afrodisio, que sale y se topa con el. Este Afrodisio es un jorobado que vende decimos de la lotería. Viste de americana y gorra.

AFRODISIO. ¡Adiós, tú!

MELÉNDEZ. ¡Hola, jorobeta!

AFRODISIO. ¿Qué es de tu vida?

MELÉNDEZ. Lo de siempre: de *romaneo.* Ahora acabo de denunciar a dos golfillos que estaban abusando de las tinieblas.

AFRODISIO. ¡Rediez, cómo anda el tiempo!

MELÉNDEZ. ¿Por qué lo dices?

AFRODISIO. Porque este anochecío, en un

aguaducho de la Plazuela, ha habido también ecenas lamentables.

MELÉNDEZ. ¿Pa la moral?

AFRODISIO. Pa la moral y pa un ojo de Sara la Andaluza, que se lo ha puesto así el Moreno.

MELÉNDEZ. ¡Anda con Dios! ¡Si estaba yo presente!

AFRODISIO. Pos no te vide. Estos calores revuelven la sangre.

MELÉNDEZ. Y que no hay cultura, ni decencia, ni vivimos en Europa: convéncete. Adiós, Afrodisio.

AFRODISIO. Adiós, Atenedoro. *Aquel se va por la izquierda y este por la derecha, pregonando sus decimos con una voz que parece prestada.* ¡El catorce mil... setecientos diez y siete!... ¡De dó duros!...

MELÉNDEZ. *Dando media vuelta al oírlo y yendose despues.* ¡Buena inmoralidaz está la lotería! Ésta y la húngara.

Poco despues de irse Melendez se supone que en la taberna se ha armado la gorda. Óyense ruidos confusos de botellas y vasos rotos, chillidos de mujeres, voces de hombres, bofetadas, palos, etc., etc. Un zipizape en toda regla.

De derecha a izquierda pasan corriendo Pizarro e Ibáñez, seguidos de un par de curiosos.

PIZARRO. ¡Nos ha tocao una noche buena antes de Pascua!

IBÁÑEZ. ¡Maldita sea la...!

El zipizape sube de punto al llegar los Guardias, y así se mantiene unos instantes. Luego, sin dejar los gritos ni las protestas, van pasando de izquierda a derecha, más o menos lisiados, Jeroma y Señá Casilda, Consuelo y Epifanio, los dos Guardias y algunos vecinos, curiosos y chiquillos.

JEROMA. *Sujeta por Ibáñez, desgreñada y rota, y con la nariz ensangrentada, increpando furiosamente a la señá Casilda, que viene detrás.* ¡Ya nos veremos las caras usté y yo solas, so tía cobarde! ¡so tía mansa! ¡so tía fea!

IBÁÑEZ. ¡Menos hablar y más andar!

SEÑÁ CASILDA. *Sujeta por Pizarro, con una trenza de la otra en la mano, y tambien descompuesta.* ¡A la cárcel va usté a ir, por indecente, por ladrona, por mala! ¡A la cárcel!

PIZARRO. ¡A la Delegación ahora! ¡Y a ver si callamos!

EPIFANIO. *Disputando con Consuelo, que lo sostiene, borracho, y con el hongo hecho trizas.* ¡Tú tiés la culpa! ¡tú solita! ¡tú, porque la calientas la cabeza! ¡tú tiés la culpa!

CONSUELO. ¡La tienes tú, que eres un mal hombre! ¡Anda pa alante, golfo! ¡Si fueras mi marido te ataba con una cadena como a un perro... y pa na del mundo te soltaba! ¡Anda pa alante!...

Hablan y chillan todos a un tiempo, mientras cruzan rápidamente la escena. Los vecinos, curiosos y chiquillos que los siguen, no dejan tampoco de alborotar con discusiones y silbidos. Cae el telón.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Sala de juicios en un Juzgado de Madrid. Al foro, la puerta de entrada. A la izquierda del actor, un balcón. A la derecha, de frente a él, una plataforma donde está la mesa del tribunal. Ante ella, una barra de hierro sostenida por dos columnillas, que sirve para separarla del público. Sobre la mesa, tinteros, plumas, libros diversos y papeles de oficio. Tras ella, tres sillones y un dosel de terciopelo rojo nada flamante, en en cuyo centro aparece colgado un retrato del rey en cromolitografía.

Es por la mañana y en el mes de junio.

El Juez, el Fiscal y el Secretario aparecen sentados en sus respectivos sillones. El Juez en el de en medio y el Fiscal a su derecha. El Alguacil está de pie junto a la puerta del foro, de frente al público, con varios pliegos escritos en la mano. Gascón y Acuña, los guardias, también de frente al público, al otro lado de la puerta. Sara la Andaluza y el Moreno a la izquierda, de frente al tribunal.

Sara es una aguadora guapa y compuesta. Va de mantón de espuma negro, segura de que sólo con su presencia tuerce la vara de la Justicia. El

Moreno es un maletilla de ínfima clase y de mala catadura. Ella lleva un ojo sembrado de cardenales y él, la cara llena de arañazos.

JUEZ. *A Acuña.* ¿De manera que usted no vió nada?

ACUÑA. No, señor Juez; a mí me rifirió un cochero del punto que está allí a orilla, que aquí el joven y aquí la joven se habían agarrao como gatos... *Sara y el Moreno manifiestan indignación y miran al guardia con odio.* Pero yo nada pre sencié, porque dió *el casual* de que llegué un poco tarde. Es cuanto puedo manifestar a usía.

Viene el Escribiente con varios pliegos para que el Juez los firme. Éste lo hace maquinalmente, sin interrumpir el juicio. Cuando termina, el Escribiente se marcha llevándoselos.

JUEZ. *A Gascón.* ¿Y usted?

GASCÓN. Pues... mismamente... vamos... lo que ha dicho mi compañero: que un cochero del punto que está allí a orilla nos rifirió que aquí el joven y aquí la joven se habían agarrao como gatos... *Nueva mirada de los dos.* Pero yo tampoco lo presencié, porque dió también *el casual* de que llegué tarde.

JUEZ. *A Sara.* Usted, señora: adelántese un poco. *Sara obedece y se coloca ante la barra. Lo mismo hacen en lo sucesivo todos los personajes que prestan declaración.* ¿Qué pasó? *De cuando en cuando, en éste y en los otros juicios, cambia impresiones con el Fiscal.*

SARA. *Con voz un tanto lacrimosa y entrecortada por la emoción que el acto le produce.* Señó Jué... ha de saber usía que aunque una viste de pañolón y de percá... una es desente... y una nunca se ha visto en un Juzgao...

JUEZ. No se apure usted ni se corte, señora. Cuente sin miedo la verdad.

SARA. No... si no me corto... sino que la impresión... Aunque pobre... una tiene costumbre de tratá con personas desentes... Y ahí está don Pedro Luna er diputado, que lo pué desí... Si ahora se ve una en un puesto de agua... ha sío por su mala cabesa... Y ahí está don José Corrales er consejá, que me sacó de pila en Seviya.

JUEZ. Bien, bien; eso no nos importa. Al caso.

SARA. Pos verá usté, señó Jué: con permiso de usía, empiezo por desirle a usté que no es verdá na de lo que le han manifestao a usía. La declarasión de los dos guindiyas es farsa.

JUEZ. Señora, trate usted con respeto a los agentes de la autoridad.

SARA. En mi tierra les disen guindiyas.

JUEZ. Pues aquí son guardias. Adelante.

SARA. A mí se me ha puesto una cosa, y cuando a mí se me pone una cosa me sargo con eya—y ahí está mi madre que por yevarme la contraria me ve como me ve—; a mí se me ha puesto que to este lío me lo ha buscao Isabé *la de los Relojes*, que quiso que yo la tomara de en-

cargada de mi aguaducho, y yo no la tomé porque es mu chulona y toas las noches íbamos a tené ayí ar *Mediasuela,* y ya sabe usía cómo las gasta er *Mediasuela*, y yo soy mu desente, y no me da la gana de aguantá siertas cosas, y ahí está don Manuel Martínez...

JUEZ. Che, che, che... Ni yo sé cómo las gasta el *Mediasuela*, ni aquí vienen a cuento sus muchas relaciones de usted. De manera que abrevie la declaración.

SARA. Usía me dispense. Ha de sabé usté, señó Jué, que este joven es amigo mío.

JUEZ. ¿Amigo *íntimo*?

SARA. Según el arcanse que usía le dé a la palabra.

JUEZ. Todo el que tiene.

SARA. Pos sí: es amigo íntimo. Y susedió que la otra tarde lo convidé a sidra *achampanada*, que le gusta con delirio al hombre, cosa que no es ningún pecao; y ar tiempo de descorchá la boteya Estreya mi criada, se conose que por la fuersa de los gases, sartó er tapón, me dió en un ojo y me lo puso de la forma que usté lo ve; que parese er cónclave.

FISCAL. ¿De manera que esos cardenales los causó el taponazo?

SARA. Cabalito.

JUEZ. ¡Pues se puede tirar la puerta de Alcalá con la sidra de usted!

Se ríen todos con cierto disimulo, menos el Al-

guacil, el cual, despues de soltar una carcajada escandalosa, se tapa la cara con los pliegos que tiene en la mano y continúa riendose.

SARA. Todo mi género es de primera, señó Jué. Si usía gusta de ir a probarlo, tome usté una tarjeta...

JUEZ. No, no, no, no... Muchas gracias. *Al Moreno.* A ver, usted. ¿Qué pasó? Retírese un poco, señora.

MORENO. *Adelantándose y poniendose las manos en las caderas en cuanto empieza a hablar.* Pos pasó, señó Jué...

JUEZ. Baje usted las manos, que no va usted a retratarse.

Nuevas risas del Alguacil, a quien caen muy en gracia los chistes del Juez.

MORENO. Dispense usté.

SARA. Usía, hombre.

MORENO. Dispense usía. Pos pasó, señó Jué, lo que ha contao aquí... *Vuelve naturalmente a ponerse en jarras.* Sartó er tapón de la boteya...

JUEZ. Abajo las manos, he dicho.

MORENO. ¡Ay! es verdá. Usía disimule.

SARA. Va a sé ménesté que lo atemos.

JUEZ. Usted se calla ahora. *Al Moreno.* ¿Conque el tapón, eh?...

MORENO. Sí, señó.

JUEZ. Y los arañazos que tiene usted en la cara ¿son de los alambres o de la fuerza de la sidra?

MORENO. No, señó; me los he hecho afeitándome, señó Jué.

JUEZ. ¡Qué barbaridad! ¡Por lo visto se afeita usted arrimando la cara a un ventilador!

SARA. ¡Ay, qué gorpe!

El Alguacil está a punto de morir de risa. Se le escapa un gallo y el Moreno vuelve la cara.

FISCAL. Debe usted cambiar de sistema. Retírese.

JUEZ. ¿Hay testigos para este juicio?

ALGUACIL. Sí, señor; hay dos.

JUEZ. Que entre uno.

ALGUACIL. *Desde la puerta.* ¡Usted, señora! Pase.

Sale Estrella, la criada de Sara. Tiene la voz muy ronca.

ESTRELLA. Güenos días.

JUEZ. Póngase aquí delante. ¿Cómo se llama usted?

ESTRELLA. Estreya Molina; servidora.

JUEZ. ¿Qué es usted?

ESTRELLA. *Señalando a Sara.* Criada de aquí.

JUEZ. ¿Jura usted decir la verdad?

ESTRELLA. Yo no miento nunca.

FISCAL. Mal anda esa garganta. ¿Es del aguardiente?

ESTRELLA. ¡Ojalá! Es de nasimiento.

JUEZ. ¿Qué pasó en el aguaducho la otra tarde?

ESTRELLA. Pos verá vuesensia: me mandó la

señora descorchá una boteya de sidra... y a la cuenta er tapón traía mucho ímpetu...

Juez. Y le dió en el ojo; ya estamos. Y en vista de ello el señor fué a afeitarse a una carpintería. Puede usted retirarse. El otro testigo.

Estrella se coloca al lado de Sara y del Moreno.

Alguacil. *Como antes.* ¡A ver! ¡El otro testigo! Pase usted.

Sale Melendez en actitud hostil.

Meléndez. Buenos días.

Sara. *Bajo a los suyos.* Este tío tuerto se podía habé quedao en su casa.

Juez. Buenos días. ¿Cómo se llama usted?

Meléndez. Atenedoro Meléndez.

Juez. ¿Qué es usted?

Meléndez. Cacharrero. Proveedor de la real casa.

Fiscal. Sí, hombre; si ha estado antes en otro juicio.

Meléndez. Servidor.

Juez. ¿Jura usted decir la verdad?

Meléndez. Lo juro ante Dios y por la Constitución vigente.

Juez. Me parece muy bien. ¿Qué vió usted en el puesto?

Meléndez. ¡Poca cosa! En el momento de pasar yo, que por *un casual* pasaba por allí, el señor, verdaderamente ocecao, le metía un puño por semejante sitio a la señora.

SARA. ¡Eso no es verdá!

JUEZ. Señora, calle usted.

MELÉNDEZ. La señora, en justa defensa, pa no ser menos que él, fué y se afiló las uñas en la cara del ciudadano repetidas veces. Y a to esto, venga uno y otro soltar palabras que no están en el dicionario. Un espetáculo, señor Juez, pa pensar que paece mentira que seamos los decendientes del Ciz. Es la pura.

SARA. Pero ¿to eso lo habrá usté visto en un sinematógrafo?

MELÉNDEZ. ¡En su puesto de ustez!

SARA. ¿Con qué ojos?

MELÉNDEZ. ¡Con éstos! *Rectificando.* ¡Con éste!

JUEZ. ¡A callar! ¿Estaban embriagados?

MELÉNDEZ. No, señor; pero puedo asegurar a usía que el individuo no es manco bebiendo, y que la señora tampoco lo escupe.

JUEZ. Está bien. Retírese.

Melendez se va junto a los otros.

FISCAL. *Leyendo la sentencia muy de prisa y borrosamente, de modo que lo que se oye con claridad no es más que la multa que impone.* «El Fiscal considera que Sara Gutiérrez y Antonio López han incurrido en la falta comprendida en el artículo número 604 del Código penal, y solicita que se le impongan veinticinco pesetas de multa a cada uno y el pago de las costas por mitad.»

Los interesados se quedan fríos.

JUEZ. Pueden ustedes retirarse.

SARA. Señó Jué, yo le juro a usía...

JUEZ. No jure usted, señora. Y más cuidado con la sidra otra vez.

Van desfilando uno por uno y echándole al tuerto su correspondiente maldición.

ESTRELLA. (¡Veintisinco pesetas por barba!... ¡Pos hay que vendé el aguaducho! ¡Mardito sea su pare!)

MORENO. (Si como es un hombre fuera un toro, se había caío.)

SARA. *Encarándosele.* ¡Permita Dios que se vea usté junto a un miyón... por el ojo tuerto!

MELÉNDEZ. ¡A mí con ésas!... *Volviendo atrás mientras se van los Guardias con los otros.* Si yo le contara a usía, señor Juez...

JUEZ. No, no me cuente usted nada.

MELÉNDEZ. Perdone usía. *Vase.*

JUEZ. ¡Es delicioso este cacharrero!

FISCAL. Raro es el día que no se presenta de testigo.

SECRETARIO. Le tiene, le tiene afición a la cosa.

JUEZ. Y la maldición de la aguadora me ha hecho mucha gracia.

FISCAL. Como que es saladísima esa mujer. Yo la conozco mucho. Es la que estuvo dos o tres años con aquel perdis de Barrera.

JUEZ. ¿Quedan muchos juicios?

SECRETARIO. Dos nada más.

JUEZ. Pues a ellos, que estoy deseando irme. ¡Vaya un día! Y de pago no hay más que tres o cuatro.

SECRETARIO. Y gracias.

FISCAL. A la aguadora hay que rebajarle la multa, ¿eh?

JUEZ. *Al Alguacil.* Anda; llama a otro.

ALGUACIL. *Desde la puerta, gritando.* ¡Dos mil setecientos cuarenta y cinco!... ¡Tres mil novecientos dos!

Salen Ibáñez y Pizarro poniendose los guantes. Detrás vienen la Trapitos y Chinita, cohibida ella y resuelto y arrogante el. Los Guardias saludan respetuosamente. Se colocan lo mismo que los anteriores.

SECRETARIO. *Leyendo muy aprisa en un pliego, como quien cumple un requisito que considera inútil.* «A las veintidós y cuarto del diez y siete del actual, los guardias números dos mil setecientos cuarenta y cinco y tres mil novecientos dos presentan en esta Delegación a los que dicen llamarse Carmen Zaragoza y Antonio Ramírez, conocidos entre los de su oficio por *La Trapitos* y *Chinita*, y detenidos por cometer actos inmorales en la vía pública. Lo que pongo en conocimiento, etc.»

JUEZ. *A Pizarro.* Vamos a ver: ¿qué pasó?

CHINITA. Pos pasó...

JUEZ. ¡Chssss!

CHINITA. ¡Es que pa sentenciar hay que oír a las dos partes!

JUEZ. ¿Qué es eso? ¡A ver si callas, o escapas mal! *Al Guardia.* ¿Qué pasó?

PIZARRO. *Gritando mucho.* Ha de saber usía, señor Juez, que es un escándalo...

JUEZ. No grite usted de esa manera.

PIZARRO. La costumbre de hablar con éste. Usía desimule. Es un escándalo lo que ocurre con esta *golferancia.* Si uno fuera a llevarlos a la Delegación siempre que dan motivos, estaría en el trayezto a todas horas.

JUEZ. Pues ¿qué hacen?

PIZARRO. *Volviendo a los gritos, sin sentir.* ¡Que se burlan de la autoridaz!

JUEZ. ¡Chssss!...

PIZARRO. Usía desimule. La otra noche, el tal arrapiezo, porque lo arrojé de un portal donde estaba dormido, principió a pitorrearse de mí... con perdón de usía...

CHINITA. Yo no le dije a usté más sino que me prestara el bigote pa echar la cabeza.

El tribunal disimula la risa que le causa lo que Chinita dice. El Alguacil da rienda suelta a su hilaridad.

PIZARRO. ¿Ve usía? Pos la mosquita muerta no para de sacarnos coplas ofensivas, llamándole a éste tío melón, y a mí tío feo.

JUEZ. Y cuando ustedes los cogieron, ¿qué hacían?

PIZARRO. *Comenzando a chillidos y corrigiendose inmediatamente.* ¡Hablando en plata, señor Juez!... Hablando en plata, señor Juez, se estaban dando besos en la calle a toa satisfación.

CHINITA. ¡Como que somos hermanos!

FISCAL. ¡Hombre! ¡Dos hermanos con distinto apellido!

CHINITA. ¡Toma! ¡Eso no es culpa nuestra!

JUEZ. *A Ibáñez.* Usted.

PIZARRO. *Dándole con el codo.* Tú.

IBÁÑEZ. Pos... lo que ha manifestado el compañero.

JUEZ. Está bien. Adelántate, niña. *Ella obedece temblorosa.* Si confiesas la verdad, puedes escapar con pellejo; si no la confiesas, allá veremos lo que te sucede. ¿Qué pasó?

TRAPITOS. *Conmovida y lloriqueando.* Pos pasó... señor Juez... pasó... pasó que...

CHINITA. ¡No llores! ¡Los golfos no lloran!

JUEZ. A ver si callas, o vas a la cárcel tú solo. *A la Trapitos.* Sigue.

TRAPITOS. Ha de saber usté... usía... vuecencia... porque yo voy a decirle la verdá... que Chinita y yo no somos hermanos... *Chinita golpea el suelo con un pie.* ¡No, no somos hermanos!... Somos novios... pa lo que su ecelencia guste mandar...

CHINITA. ¡Pos me has dejao al descubierto!

JUEZ. ¡Chsss!

TRAPITOS. Y la noche que nos cogieron los guindas...

JUEZ. Los guardias.

TRAPITOS. Nosotros les llamamos guindas.

JUEZ. Pues se llaman guardias.

TRAPITOS. Bueno, pos la noche que nos pillaron juntos... como somos novios con buen fin... y éste no se propasa, porque es mu caballero... lo que hubo fué que me estaba diciendo un secreto pa el día e mañana...

PIZARRO. ¿Por la boca, eh? ¿Tú oyes los secretos por la boca?

TRAPITOS. ¡Su compañero de usté no los oye por ningún lao! *La inmovilidad de Ibáñez demuestra que tiene razón.* Y tocante a que yo le haya cantao coplas al señor, llamándole tío feo... no me recuerdo bien... pero me paece a mí que en último caso tampoco se trata de la Maja e Goya.

El Alguacil suelta la carcajada.

JUEZ. ¿Qué es eso? ¡Pues, hombre, me gusta!

El Alguacil se pone serio de repente.

TRAPITOS. Esa es la verdá, señor Juez... Yo, aunque golfa, soy mu decentita... y mantengo a mi madre... y a mi padre... y casi al padre de éste... y a éste... *Volviendo a los pucheros.* Y to podrán decir de la Trapitos menos que ha manchao el nombre que lleva.

CHINITA. ¡Y dale con el llanto!

TRAPITOS. ¡Si se me sale sin querer!

Chinita. ¡Pos no me agrada!

Trapitos. ¡Pos pídele relaciones a Isabel la Católica, que es de bronce!

Juez. *Dejando de hablarle al Fiscal, con quien cambiaba impresiones en son de broma.* Pero ¿qué os habéis figurado? Orden, orden. Apártate, niña. *A Chinita.* Dí tú lo que pasó.

Chinita. *Muy resuelto.* Yo, señor Juez, declaro lo mismo que aquí mi prometida; sólo que agrego que así que nos echaron mano los guardias los convidé a una copa de aguardiente y ellos acetaron.

Pizarro. ¡No es verdaz!

Chinita. Sí es verdá, y de eso es la manchita que lleva usté ahí.

Pizarro. *Mirándose a la izquierda del pecho involuntariamente.* ¿En dónde?

Chinita. Al otro lao. *Pizarro se vuelve a mirar.* ¿Ve usía, señor Juez? Cuando mira es por algo. *Se retira junto a la Trapitos.*

Pizarro. Señor Juez...

Juez. No me diga usted nada, hombre. *Al Alguacil, que se va en seguida y vuelve a poco.* Si hay testigos para este juicio, que se marchen.

Fiscal. Bien está con la parejita. ¿Qué se os ocurriría a vosotros si ahora os impusiera a cada uno veinticinco pesetas de multa?

Trapitos. A mí, dejar a éste en prenda.

Chinita. Y a mí, que fueran a casa a embargar.

FISCAL. Bueno, pues por esta vez me contento con la reprensión; pero si volvéis por aquí, sobre la multa tendréis cárcel para unos días.

JUEZ. Ya lo habéis oído. Id con Dios.

CHINITA. Muchas gracias, señor Juez.

TRAPITOS. Muchísimas gracias.

CHINITA. *Encaminándose con la Trapitos hacia la puerta.* ¡Se *chincharon* los guindas y el tuerto de la pata *fólica!*

TRAPITOS. *Volviéndose y señalando al Fiscal.* ¡Bendita sea la madre que parió al señorito ese!

JUEZ. *Tocando la campanilla.* Fuera, fuera.

CHINITA. *Antes de irse, a la Trapitos.* Verás ahora tú. *Se adelanta al tribunal con un puro que saca del bolsillo.* Señor Juez, fúmese usté este puro a la salú de mi futura esposa.

JUEZ. ¡Vamos, vete ya!

CHINITA. Que no es soborno, señor Juez, que es un osequio.

TRAPITOS. Pero ¿quién eres tú pa alternar con estos señores?

JUEZ. *Volviendo a tocar la campanilla.* ¡Fuera! ¡fuera!

CHINITA. Mujer, si es voluntá...

TRAPITOS. ¡Pero no seas torpe: eso se da por debajo e la mesa!... *Se van los dos.*

El tribunal suelta la risa. Los Guardias los siguen y se detienen en la puerta. El Alguacil se acerca a la mesa riendose.

JUEZ. Hombre, Juanito; reprímete un poco

otra vez... ¡Sueltas el trapo a cada momento!

ALGUACIL. *Riendose.* ¡Si es que me hizo la gracia de Dios que la chica le llamara al guardia Maja de Goya; porque como da en el guardia más feo del distrito!... *El Juez le hace señas, y el vuelve la cara y se le corta la respiración al ver a Pizarro, que espera con el otro.*

PIZARRO. Hombre, pos usté tampoco tié na de particular...

ALGUACIL. ¡Ah! pero... ¿les queda a ustedes algún juicio más?...

PIZARRO. *Amostazado.* ¡Sí, señor! (¡Miá el saltamontes este!...)

JUEZ. Pónganse donde estaban, y llama tú a la gente que sea.

Los Guardias ocupan el mismo sitio que en el juicio anterior.

ALGUACIL. *Desde la puerta.* Pueden pasar ustedes.

Salen Señá Casilda, Consuelo, Jeroma y Epifanio, y se ponen en fila de frente al tribunal. Epifanio trae un bastón que parece una pierna.

JUEZ. *Al Alguacil.* El garrote.

ALGUACIL. ¡Ah! *Lo toma de manos de Epifanio y lo coloca en el rincón de la izquierda.* El garrote.

EPIFANIO. ¡Una fusta!

ALGUACIL. (¡Pesa más que yo!)

SECRETARIO. *Leyendo como antes.* «A las veintidós y media del diez y siete del actual, los guardias números dos mil setecientos cuarenta y cinco y tres mil novecientos dos presentan en esta Delegación a los que dicen llamarse Jeroma Balaguer, Casilda Romero y Epifanio de Gaula, detenidos por haber promovido un fuerte escándalo, etc., etc. Lo que pongo en conocimiento, etcétera.»

EPIFANIO. ¿Quié usté leerlo otra vez, que no me he enterao?

SECRETARIO. Ni hace falta. Es el parte de la Delegación.

JUEZ. Sobra una de ustedes.

CONSUELO. *Adelantándose.* Yo, señor Juez.

JUEZ. ¿Viene usted de testigo?

CONSUELO. No, señor Juez. Sino que soy hermana de esta señora, y quisiera presenciar el juicio. Porque ha de saber el señor Juez que padece de ataques piléticos, y aunque no le dan más que en viendo que ella vea acidentada a otra persona, por un si es caso.

JUEZ. Perfectamente. Puede usted quedarse; pero póngase más atrás. *A los Guardias.* ¿Qué pasó?

IBÁÑEZ. *Creyendo que ya ha declarado el otro.* Pos lo que ha manifestado el compañero.

JUEZ. ¡Hombre, si el compañero no ha dicho nada todavía!

El Alguacil suelta el trapo sin poder contenerse.

PIZARRO. *A gritos.* En cuanto sopla viento sur es un poco tardo, señor Juez.

JUEZ. Sí; pero yo no lo soy.

PIZARRO. Usía desimule. Lo que pasó no lo vimos nosotros. Lleguemos a la taberna cuando había concluído la *coalición.*

JUEZ. Está bien. *A la señá Casilda.* Vamos a ver, señora. ¿Qué pasó?

SEÑÁ CASILDA. *Santiguándose primero.* Pasó... *Rompe a llorar con amargura.*

EPIFANIO. ¡Ea! ¡Se dirritió la mantequilla!

JUEZ. Usted se calla hasta que yo le pregunte. Tranquilícese usted, señora, y hable sin cuidado.

SEÑÁ CASILDA. *Entre sollozos.* Sabrá usía... señor Juez... que yo... por mi desgracia... soy la esposa de este pendón de viejo...

EPIFANIO. Se prohibe insultar.

JUEZ. No se prohibe. Siga usted.

SEÑÁ CASILDA. ¿Insultando?

JUEZ. Contando lo ocurrido.

Epifanio mira su garrote y se escupe en la diestra con las de Caín.

SEÑÁ CASILDA. Pos decía, señor Juez, que este estafermo tuvo relaciones, antes de casarse conmigo, que va pa dos años, con aquí esta careta. *Señala a Jeroma.*

EPIFANIO. No fué más que *flir.*

JUEZ. ¡Que se calle usted, hombre!

SEÑÁ CASILDA. Y ahora resulta que con el ve-

nir de los nardos... paece ser que ha florecío la pasión, y la otra noche me dieron el soplo y fuí a la taberna donde estaban, y cuando los vi juntos bebiendo limón helao por la misma pajita, me fuí pa ellos y me cegué... *Rompiendo a llorar de nuevo, enternecida.* ¡Porque yo, señor Juez, soy una buena esposa!... ¡y si no soy una buena madre, bastante que lo siento!

JUEZ. ¿No tiene usted hijos?

SEÑÁ CASILDA. Hasta ahora, no, señor. Pero esté agosto me pienso de ir a los baños de mar, a ver si me valen.

JUEZ. Bueno. Retírese. *Señá Casilda se santigua otra vez y se va a la fila. A la otra.* Usted, señora. ¿Qué pasó?

JEROMA. Pos pasó, señor Juez, que estaba yo preparándole la cena a mi señor padre, lo cual que no tenía ajos y salí por ellos a la esquina. Pero como nadie me corría y llevaba sez, hice estación en la taberna, pa refrescar. Me senté en un rincón, porque no me gusta de eshibirme, cuando llegó el señor, que es amigo antiguo... y a la cuenta me vió el hombre según estaba sola... y sin que yo lo reparara se me acercó por detrás y me hizo en la oreja: «Tarará, tarará.» Una guasita.

EPIFANIO. Que se.pué dar inclusive hasta en la aristocracia.

JUEZ. ¡A ver si calla usted!

JEROMA. Principiemos a hablar, me convidó a

limón helao, lo cual que aceté, porque creo que eso no hace daño a nadie... y estando en ello, la señora. Una furia no es na pa como iba. A éste le llamó toas las veces que quiso...—no pueo decirle a usía lo que le llamó—; éste, naturalmente, la contestó que a él...—no pueo decirle a usía lo que la contestó—; y a mí, señor Juez, me mandó a un sitio... que debe de estar muy concurrido... pero que yo tampoco le pueo decir a usía. Total: que nos agarremos del moño, y pata.

Llega el Escribiente con una carta rosada, que le entrega al Juez. Mientras este la abre y la lee todo nervioso y regocijado, el Fiscal atiende al juicio. Después, el Juez, con sus continuas consultas al reloj, manifiesta de manera evidente que le urge acabar y marcharse.

FISCAL. ¿Las dos se agarraron ustedes al mismo tiempo?

JEROMA. Las dos.

FISCAL. Puede usted retirarse. *A Epifanio.* Usted ¿qué tiene que decir?

EPIFANIO. *Aludiendo a Jeroma.* Que estoy con aquí: que paece talmente que la señora es un *cilindro* mío.

SEÑÁ CASILDA. ¡Como que vienen ya de acuerdo, señor Juez!

JEROMA. ¡Hija, no pase usté cuidao, que no se queda usté sin esposo!

JUEZ. ¡Silencio!

EPIFANIO. Lo que yo siento es que no llegaran a tiempo de verlo to los *chineles.*

JUEZ. ¿Cómo los *chineles?*

EPIFANIO. En Valladoliz, que es mi patria, a los guindas les dicen *chineles.*

JUEZ. ¡Pues aquí son guardias!

EPIFANIO. No he querido faltar a la señora pareja.

JUEZ. Retírese. *Bajo al Fiscal, mostrándole lleno de gozo la carta rosada.* Mira.

FISCAL. ¿Es de ésa?

JUEZ. Sí. Me está esperando abajo en un coche.

FISCAL. Enhorabuena, chico.

JUEZ. Vamos a darle a esto un volapié. *Al Alguacil.* A ver, un testigo. Prontito, ¿eh? que tengo prisa.

ALGUACIL. *Llamando.* Pase usted.

Pasa el señor Liborio, que viene de tiros largos, vamos al decir, reposado y sereno, dispuesto a que se haga justicia. Lo más a propósito para el Juez, que está deseando irse. Trae un bastón de naipes.

LIBORIO. Buenos días.

ALGUACIL. *Lo mismo que a Epifanio.* El bastón.

LIBORIO. Cuidao, que es de cartas, y se araña na más de mirarlo.

JUEZ. ¿Cómo se llama usted?

LIBORIO. Liborio del Campo y Sánchez.

JUEZ. ¿Qué es usted?

LIBORIO. Republicano.

Juez. ¡Profesión, hombre!

Liborio. *Después de vacilar. Esporman.*

Juez. ¿Qué quiere decir eso?

Liborio. Que vivo de mis rentas, ¿sabe usía? Porque yo, aunque tuve en tiempos almacén de curtidos...

Juez. No nos interesa. ¿Jura usted decir la verdad?

Liborio. Lo juro *in excelsis Deo.*

Fiscal. Muy bien.

Juez. ¿Qué pasó?

Liborio. Pos pasó... *Deteniendose, para declarar ordenadamente.* Bueno, vamos por partes. Prólogo.

Juez. No, no, déjese usted de prólogos. ¿Qué pasó?

Liborio. Es que tengo que advertirle a usía, señor Juez, que yo no presencié el espectáculo de la taberna.

Juez. ¡Ah! ¿no?

Liborio. No, señor. Pero vengo a algo de más entidaz, como es, si usía me lo permite, el defender a la señora Casilda, esposa legítima del señor Epifanio, y el declarar que él señor Epifanio y la señora Jeroma sostienen relaciones ilegales.

Epifanio. ¡Le advierto al señor Juez que el señor Liborio me tiene hincha!

Señá Casilda. ¡No es cierto, señor Juez!

Juez. Usted se calla.

JEROMA. ¡Diga usía que sí le tiene hincha, desde una cuestión por dos gallos ingleses!

EPIFANIO. ¡Ele! ¡Porque yo le maté una jaca!

LIBORIO. ¡Embustero!

JUEZ. *Tocando la campanilla furioso.* ¡Orden! *Al señor Liborio.* Siga usted, y procure ser menos difuso; que tengo que marcharme.

LIBORIO. Es temperamento, señor Juez. Permítame usía un poco de historia. A principios de este verano, el señor fué y se compró un jipi...

JUEZ. ¡Me importa un rábano todo eso!

LIBORIO. Está la anédota ligada al asunto, señor Juez. Se compró un jipi desproporcionado, y yo que lo vi, y que soy un hombre de ciertas caídas y que se traí lo suyo, fuí y le dije: «Gachó, te has comprao un jipi que vaya usté con Dios; se te ponen mesas debajo, y se puén servir gaseosas.» Un equívoco.

JUEZ. ¡Qué pesadez! ¡Eso no viene a nada!

LIBORIO. Sí, señor. Y usía me perdone. Viene a fundamentar lo de la hincha, que como puede ver usía es *viceversa.*

JUEZ. Perfectamente. Quedamos enterados. Retírese usted.

LIBORIO. Advierto a usía que aún no he salido del prólogo.

JUEZ. De todas maneras: nos basta.

LIBORIO. A la disposición de usía. *Se aparta hacia atrás.*

JUEZ. Otro testigo a escape.

ALGUACIL. *Llamando.* Pase usted.

Sale Contreras, viejecillo inquieto y tembloroso, sordo como un melón y de voz chillona. Se dirige como disparado hacia la otra gente.

JUEZ. *Al verlo.* Acérquese.

CONTRERAS. ¿Eh? ¿eh?

JUEZ. ¡Que se acerque!

CONTRERAS. ¿Eh? ¿eh?

El Alguacil lo lleva ante la barra.

JUEZ. ¿Cómo se llama usted?

CONTRERAS. ¿Eh?

JUEZ. Que ¿cómo se llama usted? ¿Es usted sordo?

CONTRERAS. ¿Eh? ¿eh?

ALGUACIL. Lo mismo que una tapia.

CONTRERAS. *Encarándose de pronto con Ibáñez, creyendo que le habla, y llevándose la mano a la oreja.* ¿Eh?

IBÁÑEZ. *Encarándose con el en la misma forma.* ¿Eh?

CONTRERAS. ¿Eh?

IBÁÑEZ. ¿Eh?

JUEZ. *Al Alguacil.* Hazle tú las preguntas al oído.

ALGUACIL. *Chillándole.* ¿Cómo se llama usted?

CONTRERAS. Aniceto Contreras.

JUEZ. Profesión.

ALGUACIL. ¿Qué es usted?

CONTRERAS. Taquígrafo. *El tribunal suelta la carcajada.* ¡Profesor de taquigrafía; sí, señor!

ALGUACIL. ¿Jura usted decir la verdad?

CONTRERAS. ¡A ver!

ALGUACIL. ¿Qué pasó?

CONTRERAS. ¿En dónde?

ALGUACIL. ¡En la taberna!

CONTRERAS. ¿En qué taberna?

FISCAL. ¡Estamos aviados!

ALGUACIL. ¿Qué es lo que vió usted de la cuestión?

CONTRERAS. Nada: no vi nada. Yo llegué cuando se había caído el albañil.

JUEZ. Pero ¿qué dice este hombre? ¿Para qué juicio se le ha citado?

ALGUACIL. ¿Para qué juicio se le ha citado?

CONTRERAS. Para uno de ayer; pero no he podido venir hasta hoy.

FISCAL. ¡Acabáramos! ¡Que se vaya, hombre!

ALGUACIL. ¡Vaya usted con Dios!

CONTRERAS. ¿Es que me han condenado? *Todos le hacen que no con la mano y con la cabeza, deseando que se largue.* ¡Señor Juez, justicia para este pobre viejo!

ALGUACIL. ¡Si no lo han condenado a usted!

CONTRERAS. ¿Vuelvo mañana?

Las mismas señas acompañadas de voces.

JUEZ. ¡No!

FISCAL. ¡No!

SECRETARIO. ¡No!

CONTRERAS. Ea, pues... buenos días... *Va a meterse por el balcón.*

ALGUACIL. *Deteniéndolo.* ¿Adónde va usted? ¡Ese es el balcón!

CONTRERAS. ¿Eh? ¿eh?

ALGUACIL. ¡Que ese es el balcón! ¡Que aquí está la puerta!

CONTRERAS. ¡Ah! ¡ah!... ¡Buenos días! *Vase.*

FISCAL. ¡Valiente taquígrafo!

EPIFANIO. ¡De esa manera anda el Congreso!

JUEZ. ¿Hay más testigos?

ALGUACIL. Uno queda.

JUEZ. ¡Pues que entre ya, y acabaremos de una vez!

ALGUACIL. *Llamando.* Pase.

Se presenta otra vez Melendez.

MELÉNDEZ. Servidor.

FISCAL. ¡Ah! Éste es de confianza.

JUEZ. ¿Usted vió el escándalo de la taberna?

MELÉNDEZ. Sí, señor.

JUEZ. ¿Cómo fué?

MELÉNDEZ. Indizno de un país europizao.

JUEZ. Ni una palabra más.

FISCAL. *Leyendo, como siempre.* «El Fiscal considera qne Jeroma Balaguer, Casilda Romero y Epifanio de Gaula han incurrido en la falta comprendida en el artículo 598, número tercero, del Código penal, y solicita que se le impongan veinticinco pesetas de multa a cada uno, reprensión y el pago de costas.»

EPIFANIO. ¿Quié usté hacer el favor de repetir, que no lo he cogío?

FISCAL. Ahora se lo dirán ahí fuera.

JEROMA. *Dando repentinamente un grito y cayendo desplomada sobre Epifanio.* ¡Ah! *Pataleta en regla.*

JUEZ. ¡Adiós mi dinero!

FISCAL. ¡Era lo único que nos faltaba!

SEÑÁ CASILDA. *Principiando a hacer visajes nerviosos.* ¡Ay! ¡ay! ¡ay!...

Confusión. Unos acuden a sujetar a Jeroma y otros van de aquí para allá sin saber que hacerse. El Juez se dispone a abandonar el campo.

EPIFANIO. ¡Jeroma! ¡mujer!

LIBORIO. ¡Un vaso de agua!

ALGUACIL. *Desde la puerta.* ¡A ver! ¡Un vaso de agua!

PIZARRO. Iré yo por ella.

CONSUELO. Vámonos, Casilda; no la mires.

SEÑÁ CASILDA. *Incesantemente y sin poder apartar la vista de Jeroma.* ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... ¡ay!...

MELÉNDEZ. Esto no sucede en ninguna parte...

CONSUELO. Vámonos, antes que te dé...

SEÑÁ CASILDA. *Lanzando otro grito y cayendo sobre el Alguacil.* ¡Ah! *Su hermana la sujeta.*

FISCAL. ¡Atiza!

EPIFANIO. ¡La otra!

JUEZ. ¡Hasta mañana! *Vase, pasando por entre los dos grupos formados.*

LIBORIO. Pero, hombre, ¿han ido por el agua a Netuno?

JEROMA. *A Epifanio.* ¿Le ha dao ya el ataque?

EPIFANIO. Sí.

JEROMA. ¿Qué te dije? *A los demás.* Vaya, buenos días. ¡Que se alivie esa flor de estufa! *Se va riendose.*

LIBORIO. ¿Le paece a usté? ¡Ha fingío el ataque pa que le dé a esta otra!

CONSUELO. ¡La tía indecente!... Hermana, hermana...

LIBORIO. Señá Casilda...

EPIFANIO. ¡Y yo rifao!

PIZARRO. ¡Aquí está el agua!

MELÉNDEZ. ¡Esto no pasa más que en una nación decadente! *Al público, mientras dura la algarabía:*

Y aquí terminan los juicios,
y aquí termina el sainete:
si te agrada o no te agrada
dínoslo correztamente.

FIN DEL SAINETE

Madrid, setiembre, 1903.


LIBRERIA
MADRID